

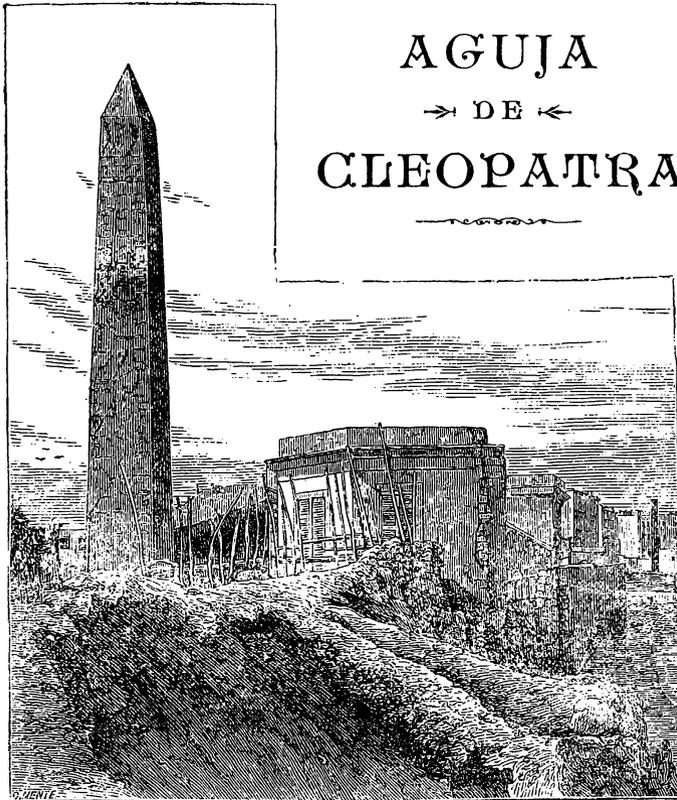
# EL EVANGELISTA

AGOSTO

1906

REVISTA EVANGÉLICA, ILUSTRADA, MENSUAL

—AÑO XXIII— REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Provenza, 275, 1.º, Gracia-Barcelona. —N.º 272—



AGUJA

→ DE ←

CLEOPATRA

Así se llama el obelisco gigantesco de que nuestro grabado es una representación cuando aun estaba en Egipto. Había dos que adornaban el palacio de Cleopatra y de los Césares en Alejandria, colocados allí por orden de Cleopatra, reina de Egipto que vivía en el último siglo antes de Jesu-Cristo, célebre en la historia por su hermosura, sus crímenes y sus desgracias. Uno de estos obeliscos fué regalado á la

nación británica, y trasladado á Inglaterra en el año 1877, donde ocupa un puesto en Londres á la margen del río Támesis. El otro, que es el de nuestro grabado, fué regalado al Gobierno de los Estados Unidos, y adorna el Parque Central de Nueva York; tiene 53 pies de altura, á su base mide 8 pies y 2 pulgadas por 7 pies y 10 pulgadas, y pesa 205 toneladas. El de Londres tiene 68 pies de altura, pero debe ser algo más delgado, pues su peso es el de 186 toneladas.

¿De dónde podían venir piedras labradas tan enormes? ¿Quiénes las labraron? Estas preguntas nos llevan muy atrás en la historia de la raza humana. Antes de que estos obeliscos maravillosos adornasen el palacio de Cleopatra en Alejandria, habían estado juntos ante las puertas del vasto templo del Sol en Heliópolis. Esta ciudad estaba situada en el bajo Egipto, unas leguas al N. E. de la ciudad actual de El Cairo. Se cree que la ciudad de Heliópolis es la misma que la de On, mencionada en el Génesis (cap. 41. 45.), donde dice que Potipherah era sacerdote de On, cuya hija Asenath, fué mujer de Joseph. Y si es así, la probabilidad es que tanto Joseph como Moisés vieron con frecuencia estos grandes obeliscos, aunque nada nos dicen de ellos.

Los monumentos principales de Egipto, que son los mayores del mundo y la admiración de cuantos los hayan visto, existían, según los egiptólogos, antes de los tiempos de Abraham; es decir, lo menos 2,000 años antes de Jesu-Cristo, cuando aun vivía Sem que había estado con su padre Noé y familia en el Arca durante el Diluvio. Aquellos eran tiempos de obras maravillosas. La Biblia nos lo da á entender cuando nos habla de la empresa que intentaron llevar á cabo los hombres de entonces, la de edificar la torre de Babel, y los monumentos de Egipto que nuestros exploradores nos van descubriendo, nos declaran en lenguaje elocuente é innegable la misma cosa.

Los hombres de aquellos tiempos, que vivían tan cerca de los del Diluvio, no quisieron aprender la lección que aquel ca-

taclismo les enseñaba; sino que se empeñaron en la tarea de construir obras que les dieran nombre en la tierra. No quisieron creer que todo lo que hay debajo del sol es perecedero, y que no puede satisfacer el deseo del corazón humano. Otros había en aquellos mismos tiempos que eran hombres de fe, como Abraham, Isaac, Jacob, Joseph y Moisés; todos estos vieron á Egipto cuando el país se iba llenando de estas obras monumentales, y sin embargo no hacen mención de ellas. De Abraham se dice, dando á entender que veía la decadencia de todas las obras de los hombres, que «esperaba ciudad con fundamentos, el artifice y hacedor de la cual es Dios.» Joseph, como virey célebre de Egipto, podía haber adquirido una de las pirámides del país en donde se colocasen sus restos; pero en lugar de esto, tiene presente á su muerte la promesa de Dios acerca de Canaan, recuerda á sus hermanos que Dios les visitará, y les manda que cuando salgan de Egipto lleven sus huesos consigo. Y así Moisés, teniendo el mismo espíritu de fe, tuvo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de Egipto, porque miraba á la remuneración. Estos eran hombres de fe, que creyeron á Dios y contaron con El.

---

### ¡ADMIRADOS!

---

Sí, admirados nos hemos quedado al leer en un diario de gran circulación el párrafo que á continuación copiamos de la bien cortada pluma de uno de nuestros primeros literatos:

«A la ley de inexorable expiación del Viejo Testamento, sucedió en el Nuevo la de misericordia. Jehová quería la muerte del pecador; Cristo, que se arrepienta y viva. He aquí en lo que se diferencian, como diría el gran Castelar, el Dios de Sinai y el del Calvario.»

Suponemos que el autor de estas líneas habrá sido instruido en la doctrina cristiana, según la Iglesia romana, donde no caben las sagradas Escrituras, y que después, como la gran mayoría de los españoles, habrá llegado á no creer nada, ó

apenas nada, de lo que la Iglesia enseña, y por consiguiente, ignorando lo contenido en la Biblia, ha podido expresar el concepto mitológico y sin razón que hemos copiado.

Para que se vea cuán lejos está de la verdad el tal concepto, no hay mejor que acudir al mismo Libro que contiene el Antiguo y Nuevo Testamento. El Libro es uno; una inteligencia ha guiado en toda su composición, un plan se desarrolla en él desde el principio hasta el fin. No bajan de cincuenta las personas á quienes el autor del Libro escogió para su obra, y estos diferentes escritores pertenecían á todas las clases de la vida social, como Moisés, legislador y poeta; Josué, guerrero; Samuel, hombre de gobierno y de oración; David, pastor, rey y salmista; Salomón, sapientísimo; Isaias, profeta, cuyo lenguaje es de lo más sublime; Amos, boyero; Esdras, escriba; Nehemias, copero imperial; Daniel, eminente estadista; Mateo, cobrador de contribuciones; Lucas, médico; Juan y Pedro, pescadores; Pablo, erudito; etc., etc.

Además, estos hombres vivieron en diferentes países, y en bien separadas épocas que se extendieron por un período de unos 1600 años, hecho en sí, dada la unidad de propósitos que lleva el Libro, que prueba su carácter divino. ¡Qué confusión de ideas tendríamos si escogiéramos los escritos de cincuenta escritores del mundo de diferentes caracteres y épocas, é hiciéramos de ellos un tomo! La Biblia en este respecto es un libro singular en el mundo, y lleva el sello de su origen divino, cual ningún otro puede.

En cuanto á este concepto tan falto de verdad, que Jehová quería la muerte del pecador, remontémonos á los tiempos á que se refería el gran Castelar, á más de treinta y tres centurias pasadas, cuando Jehová, ó como tenemos el nombre traducido en el Nuevo Testamento, «El que es, y que era, y que ha de venir», se revelaba á su pueblo Israel en el desierto de Siná. Allí dió su ley de diez mandamientos, un código que es, según los mejores juriscultos, una maravilla de perfección en po-

quísimas palabras. Aquella ley obedecida, como debe ser, sería la felicidad de los pueblos; pero el hombre no se inclina, ni se sujeta á ella, sino que contra ella se rebela. En aquel entonces el mismo pueblo que la recibió la quebrantó casi en el acto, haciendo un becerro de oro que representara á Dios, y lo adoró. ¿Y qué hizo Jehová, el Dios que se manifestó en Siná? Pues, conforme con su carácter de amor eterno para con el pecador, dió lugar á que aquellos idólatras se arrepintiesen.

Léanse los capítulos 32, 33 y 34 del Exodo, donde tenemos el relato de aquella rebelión, de la que tomando ocasión, Jehová hace una revelación de su nombre y carácter á Moisés en estas palabras: «Jehová, Jehová, Fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad, que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado, y que de ningún modo justificará al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos, y sobre los hijos de los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos.» (Ex. 34. 6, 7).

¡Qué borrón se echa sobre el carácter de este Dios, diciendo que quería la muerte del pecador! El Jehová del Antiguo Testamento es el Dios del Nuevo Testamento que «de tal manera amó al mundo que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» Oigamos sus acentos de amor en el Antiguo Testamento: «Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva. Volveos, vuelveos de vuestros malos caminos: ¿Y por qué moriréis, oh casa de Israel (Eze. 33. 11)?

Quizás alguien pregunte: ¿Y no es verdad que hay casos de castigos severos en el Antiguo Testamento? y no existe una ley de inexorable expiación? Ciertamente. Dios no ha abandonado ninguna parte de su universo, ni ha abdicado su derecho de soberanía suprema. Castigos hubo en tiempos del Antiguo Testamento, y más grandes aun son los anunciados en el Nuevo.

El apóstol Pablo sobre este punto dice: «Si la palabra dicha por el ministerio de los ángeles fué firme, y toda rebelión y desobediencia recibió justa paga de retribución, ¿Cómo escaparemos nosotros, si tuviéremos en poco una salud tan grande?» La ley de expiación es inexorable. Se habla de ella en el Antiguo Testamento, pero es en el Nuevo donde se ve con toda su severidad. El profeta Isaías en el Antiguo Testamento, hablando del Redentor del mundo dice: «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros,» y luego: «Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado», etc. (Cap. 53). Aquel inocente que fué llevado como cordero al matadero, nunca hizo maldad ni hubo engaño en su boca. Con todo, Jehová quiso quebrantarlo. La justicia de Dios fué inexorable para el que tomó el puesto del pecador.

El Nuevo Testamento declara del modo más solemne la justicia inexorable de Dios, en cuanto que «no perdonó á su propio Hijo» (Rom. 8. 32). Este podía haber orado á su Padre, y El le habría dado más de doce legiones de ángeles, quienes le habrían librado de aquella turba de sacerdotes sanguinarios; pero las Escrituras tenían que cumplirse. Dios es justo y Salvador. No hay salvación aparte de la completa satisfacción de la inexorable justicia de Dios.

En el Antiguo Testamento leemos de juicios, como el del trastorno de las ciudades de Sodoma y de Gomorra por fuego del cielo, en castigo de la corrupción en que sus habitantes vivían; pero en el Nuevo Testamento leemos de la venida «del Señor Jesús del cielo con los ángeles de su potencia, con llama de fuego, para dar el pago á los que no conocieron á Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesu-Cristo: los cuales serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor, y por la gloria de su potencia» (2 Tes. 1. 7-9).

Así vemos en este maravilloso Libro que contiene el Antiguo y Nuevo Testamento como Jehová Dios desde el principio dió á conocer su buena voluntad para con el pecador, prometiendo enviarle un

Salvador. En el cumplimiento del tiempo le envió, nacido de la virgen María. El glorificó á Dios y engrandeció la ley; en la cruz expió nuestro pecado, y nos trajo una justicia eterna. Así es como el impío que le acepta á El, queda justificado delante de Dios. ¡Cuán maravillosa es esta obra de Dios revelada en las sagradas Escrituras! El Nuevo Testamento es el cumplimiento y remate del Antiguo. Sin el Nuevo el Antiguo sería un enigma indescifrable, en cuanto á todas las promesas de salvación. Y de la misma manera, sin el Antiguo el Nuevo quedaría sin razón de ser.

---

### LA ORACIÓN DE UN CHINO Y LA RESPUESTA

---



EN la reunión anual de la Misión Interior de China, celebrada en Lóndres el 8 de mayo próximo pasado, Mrs. Howard Taylor, nuera del fundador de la Misión, Mr. Hudson Tay-

lor, relató el siguiente ejemplo de fe de un chino convertido á Dios, y con mucho placer le damos lugar en estas páginas:

«En la provincia de Shansi, al norte de la China, vive un hombre llamado Li, que cuenta hoy más de 70 años de edad. Fué el primer creyente en el Señor Jesús que hubo en su pueblo y ha sido desde hace mucho tiempo uno de los miembros más útiles de la Iglesia de Cristo de aquella región.

Poco tiempo después de su conversión á Dios, Li oyó á Mr. Stanley Smith predicar un sermón sobre las palabras, «Avaricia, que es idolatría» (Col. 3. 5.) que le impresionó mucho. Temía que aun después de haber dejado la idolatría, quizás alguna avaricia escondida en su corazón le hiciese caer de nuevo en el mismo pecado. Para evitar ese peligro determinó no guardar ningún dinero suyo ni poseer propiedad

alguna. Su casita y hacienda las regaló á un sobrino suyo y él se dedicó enteramente á esparcir el conocimiento del Evangelio, viviendo desde entonces de la hospitalidad sencilla de aquellos á quienes predicaba, á los cuales sus oraciones traían ayuda y sanidad para el cuerpo como también para el alma. Sus trabajos fueron bendecidos maravillosamente por Dios, y resultaron en la formación de una Iglesia en el distrito de Yoh-yang, que él ha pastoreado por mucho tiempo con cuidado y ternura. Andando el tiempo abrió una Casa de Salud para la cura de los fumadores de opio, y de esta manera vino también á ser bendición á muchos. Claro es que tales trabajos no se podían sostener sin muchos gastos, y ocasiones hubo de bastante escasez cuando el anciano Li pudo ver la fidelidad de Dios con mucha claridad.

»Pasados algunos años llegó á aquella provincia lejana una especie de crítica que ponía en duda la verdad de la Palabra de Dios, y en cuanto á la historia de los cuervos que alimentaron á Elías (véase 1. Reyes 17. 1-7.), le dijeron á nuestro amigo que no eran aves verdaderas las que le traían pan y carne, sino una gente de piel oscura, probablemente Arabes, que le ofrecían de sus alimentos; porque sería una locura suponer que las aves pudiesen obrar de tal manera; sería milagroso. Pero la fe sencilla del anciano no se conformaba á este modo de explicar el asunto, lo milagroso no presentaba ninguna dificultad para él, porque había visto muy á menudo el poder maravilloso de Dios en respuesta á sus oraciones, y además él mismo había tenido una experiencia parecida y que vamos á relatar, que ningún crítico podía contradecir.

»La veracidad del relato á sido probada cuidadosamente por Mr. Lutley y otros que han estado en el lugar, de manera que no tenemos reparo en repetirlo por extraño que parezca.

»En una ocasión el anciano Li había agotado todos sus recursos para sostener la Casa de Salud. No había enfermos, la casa estaba vacía, faltaban comestibles y su fe sentía la prueba. Muy cerca, en el

grande templo del pueblo, vivía un primo suyo que era el sacerdote principal, el cual le visitaba de vez en cuando y le traía una pequeña cantidad de pan ó mijo de su bien provista despensa. El anciano al recibir estas dádivas siempre decía: «T' ien-Fu-tih en-tien!» que quiere decir «La gracia de mi Padre Celestial» manifestando con estas palabras que era por la bondad de Dios que estas cosas le eran traídas.

»Tales pensamientos no eran del agrado del sacerdote y al fin le contestó: «Quisiera saber por donde ves la gracia de tu Padre Celestial. El mijo es mío, yo te lo traigo, y si no pronto te morirías de hambre á pesar del cuidado de tu Padre Celestial. El no tiene nada que ver en el asunto.»

«Pero es mi Padre Celestial que te pone en el corazón el deseo de ayudarme,» respondió el anciano Li.

«Bueno, bueno,» interrumpió el sacerdote, «ya veremos lo que pasará si no te traigo más mijo.» Entonces dejó pasar una semana ó dos, á pesar del deseo que le perseguía de ayudar á su necesitado primo, al cual no podía menos que estimar por causa de las obras de caridad en que se ocupaba continuamente.

»Precisamente en esta ocasión el querido anciano Li se encontraba más necesitado que nunca; llegó el día cuando ya no quedaba nada para comer, la Casa de Salud estaba todavía vacía y no tenía ni un céntimo para comprar pan. Arrodillándose solo en su cuarto, derramó su corazón en oración á Dios: sabía perfectamente que el Padre que está en los cielos, nunca podría olvidarle, y después de pedir su bendición sobre la obra y sobre la gente de alrededor, hizo mención delante de Dios de lo que el sacerdote había dicho y le pidió que le enviase aquel día su pan cotidiano por la honra de su gran Nombre.

»En aquel momento llegó la contestación. Mientras aun estaba de rodillas el anciano oyó clamores y ruidos extraños y mucho batimiento de alas en el patio y como si algo hubiese caído á tierra. Se levantó y abrió la puerta para ver lo que pasaba. Había una bandada de cuervos grandes,

muy comunes en aquella parte de la China, que revoloteaban desordenadamente en el aire, y mientras miraba, un pedazo grande de tocino cayó á sus pies. Uno de los pájaros perseguido por los demás lo había dejado caer allí en aquel instante. Con gratitud lo recogió Li, diciendo: «La bondad de mi Padre Celestial.» Entonces miró para ver qué era lo que había caído antes de su salida y vió un gran pedazo de pan de maíz. Sin duda los cuervos habían ido en busca de alimento y siendo perseguidos por otros mayores lo habían dejado caer. Pero, ¿quién les había guiado? y ¿qué mano les había hecho soltar la presa encima de su pequeño patio?

»Con el corazón rebosando de alegría, el querido anciano encendió la lumbre para preparar la comida, y cuando el contenido de la olla ya hervía tuvo el gozo de ver entrar por la puerta á su primo el sacerdote.

«Y qué, ¿tu Padre Celestial te ha enviado algo para comer?» preguntó éste, con tono algo burlón, sin decir nada del saquito de mijo que traía escondido en la manga del vestido.

«Míralo,» contestó el anciano sonriendo y señalando la olla humeante en el fuego.

»Por un rato el sacerdote no quiso levantar la tapadera, pensando que por cierto no había más que agua hirviendo, pero al fin el olor sabroso ya no permitía la duda, y no pudiendo contener por más tiempo la curiosidad se acercó para mirar. ¡Cuál no fué su sorpresa al ver la excelente comida!

«¡Cómo!» exclamó «¿de dónde te has procurado esto?»

«Mi Padre Celestial me lo mandó,» respondió gozosamente el anciano. «Ya sabes que El te puso en el corazón el deseo de traerme un poco de mijo de vez en cuando, y cuando ya no lo querías hacer, le era muy fácil encontrar otro mensajero,» y entonces le contó, con todos los pormenores, lo de la oración y la llegada de los cuervos.

»Lo que vió y oyó produjo tal impresión en el sacerdote que desde aquel día se puso á buscar la verdad con diligencia, y no

mucho tiempo después hizo confesión de su fe en Cristo y fué bautizado. La bendita verdad sació de tal manera su alma, que renunció la buena posición que tenía en el templo, se buscó una colocación de maestro y llegó á ser un ayudante estimado en la Iglesia. Por amor de Jesús sufrió tormentos terribles de parte de los Boxers en los motines de 1900, cuando alcanzó la corona de mártir.

»¡Oh queridos amigos! nosotros tenemos que ver hoy con el Dios vivo, tan real y verdaderamente como Elias y otros varones de Dios en los tiempos antiguos.

»Os he contado esta historia con sus detalles para recordaros de nuevo que El es, lo mismo que era; nuestro Padre Celestial no cambia.»

De «*China's Millions.*»

## NOTICIAS DE LA MISIÓN EN BAROTSILAND

### VIII

#### *Visita del Dr. Fisher.*

Debemos decir una palabra acerca de Dr. Fisher. Este señor estudió la carrera de medicina en Londres y habiendo tomado su título y siendo ya convertido, se dió al Señor para servirle en Africa Central. Su cuñado, Mr. Arnot, había atravesado el oscuro continente de Africa de Este á Oeste, deteniéndose un corto tiempo en el país de Lewanika, y más adelante fundó una misión en el Garenganze. Desde allí la obra se ha extendido mucho y ahora hay varios misioneros en estas partes de Africa Central, y uno de ellos es Doctor Fisher.

Las distancias entre los diferentes misioneros que hay en Africa son tan grandes, y los medios de transporte tan primitivos y costosos, que raras veces pueden tener estos obreros el gozo de saludarse y contar sus experiencias los unos á los otros. Teniendo esto en cuenta se comprenderá la significación de las siguientes palabras de Mr. Coillard, referentes á la visita de nuestro amigo:

«A fines del año 1902 tuvimos el privilegio raro de recibir una visita: fué la de Dr. Fisher de la Misión establecida en Balubale; este señor es un amigo amado de todos los que le conocen. No éramos

desconocidos el uno al otro, pues nos habíamos visto en Inglaterra. Felizmente él entiende el francés bastante bien para no hallarse como extranjero entre nosotros. Vino con una buena medida de la bendición del Evangelio. Se sintió como uno de nosotros en nuestra manera de vivir, adaptándose á nuestras costumbres, tomando parte en nuestros himnos, nuestras meditaciones y oraciones. Evangelizamos juntos, y además de estas conversaciones íntimas, que son tan naturales, hablamos de la obra en que nos hallamos ocupados y discutíamos sus dificultades.»

Después que hubo vuelto Dr. Fisher á su estación, escribió una carta en que expresaba sus impresiones del país y pueblo de los barotsi y de la obra que hacía Mr. Coillard entre ellos. De esta carta entresacamos también algo.

Kazombo, Febrero de 1903.

«Después de escribir mi última carta obtuve permiso del oficial portugués para visitar á Mr. Coillard. El viaje que hice en bote por el río, nos ocupó once días y medio para llegar á Lealuyi. El país alrededor de Lealuyi tiene una población escasa.

»Los barotsi consideran á los balubales como salvajes. No les gusta viajar por tierra ni llevar cargas; mas por el río dudo mucho que un indio les aventajara. Con poco trabajo vacían un árbol y ya tienen una canoa con que vuelan por el agua. Son aficionados á la cría de ganado, y se sostienen en gran parte de la leche que de éste obtienen. Son más altos y más robustos que la gente de Balubale; pero sus rostros no son tan finos. Las mujeres con su cabello corto forman un contraste con las mujeres de aquí que llevan mucho adorno en la cabeza.

»La impresión desfavorable que me produjo la gente de Barotsiland me hizo apreciar tanto más los trabajos de Mr. Coillard y sus compañeros. Tuve ocasión de ver unos setecientos discípulos de las Escuelas establecidas en Lealuyi, Sefula, Nalolo y otras dos estaciones, que se reunían para su fiesta anual y para dar la bienvenida á su rey Lewanika que llegaba de Inglaterra. Estos niños son enviados á las Escuelas por los jefes de diferentes distritos, y hay un cuerpo de vigilancia, una especie de policía, cuyo trabajo es el de mantener orden entre estos niños y de ver que asistan á la Escuela. Estos de la policía, armados de fuertes látigos, tenían

un aspecto temible: pero no ví á ningún niño que diese motivo al empleo de tal fuerza. Presentaba una vista muy agradable la marcha de aquellos niños que iban al encuentro del rey Lewanika cantando un himno de bienvenida, escrito expresamente para la ocasión por Mr. Coillard.

»Me dió mucho gozo el encontrar al amado Mr. Coillard y sus diez colaboradores, todos tan verdaderos, de tan entero corazón, y tan activos en la obra. El país no es de comparar con el del Lobale en cuanto á salubridad, y esta es la causa de que tantos hayan fallecido y más aun hayan tenido que volver á Europa. El ver tan buena voluntad en otros para tomar los puestos de los que han muerto ó que se han visto obligados á dejar la obra, alegra á uno el corazón. ¿Y no nos revela también este hecho el corazón de Dios, corazón de amor profundo, para con esta pobre gente? Pues mientras las naciones más civilizadas miran con desprecio á estos hijos de Cham, Dios ha permitido que más que por ninguna otra raza de la tierra, muchas vidas preciosas hayan sido ofrecidas como en sacrificio, para ganarlos para Cristo.

»El rey Lewanika es un hombre escepcional. Estuve en su capital cuando llegó de Inglaterra y ví la recepción que le hicieron los miles de gentes que se reunieron de todas las partes de su reino. Aunque le gusta la grandeza, es tranquilo y sin afectación en su comportamiento, sea en público ó en privado. Sus casas son maravillas de ingeniosidad, hermosura y limpieza. Doce de nosotros nos sentamos á su mesa un día con él y el Coronel Harding. Nos sirvieron tres platos y luego té y café. El lo dirigía todo, portándose como un cumplido caballero. Habla el idioma *luena* bien, así podía conversar con él de muchas cosas. El Coronel Harding me dijo que durante el tiempo que estuvo en Inglaterra, aunque recibía muchas invitaciones de la nobleza, no las aceptaba, si no tenían relación con Africa; pero le gustaba mucho estar con los amigos de los misioneros que conocía. Esto prueba que considera á los misioneros como sus más apreciados amigos, y se ve que tiene un afecto especial para Mr. Coillard, quien tiene una influencia grande sobre él.

»El viaje de vuelta nos costó dieciocho días y medio porque veníamos contra la corriente del río.»

WALTER FISHER.



*Un proceso en Alemania.*—Por toda Alemania ha despertado grande interés el procesamiento en Munich del Dr. Richter, un bien conocido redactor de aquella ciudad, por una serie de artículos que ha publicado y que han sido considerados como difamatorios de la Iglesia de Roma. La sala de la Audiencia fué convertida en una sala de discusión por los campeones de las iglesias protestante y católica, y los diarios alemanes han publicado en largas columnas los ataques dirigidos contra Roma, y los discursos con que se ha tratado de rechazarlos.

En los artículos que han dado lugar al proceso, Dr. Richter sostuvo que el espíritu de Roma es tan sanguinario hoy como cuando estableció la Inquisición, y para probarlo citó escritores católicos de reconocida autoridad, uno de los cuales ha dicho que quisiera ver la hoguera encendida otra vez para quemar herejes, mientras otro abogaba por la decapitación de los profesores anti-romanos de las Universidades. Dr. Richter afirmó que Roma no ha aprendido nada, ni ha olvidado nada, y que está tan dispuesta á torturar y á quemar herejes hoy día como cuando Pio VII conspiró para asesinar á la reina Isabel de Inglaterra, ó cuando Gregorio XIII ordenó las matanzas del día de S. Bartolomé.

Un gran número de testigos fueron llamados, entre ellos el conde Hoensbrœch, ex-sacerdote jesuita. Este conocedor como ningún otro de las enseñanzas y las artes de Roma, se presentó con unos cien tomos de historia y teología católica por medio de los cuales probó cuanto había asentado Dr. Richter.

Por otra parte los acusadores trajeron gran número de historiadores católicos los cuales procuraron hacer ver que, aunque la Iglesia jamás á desaprobado los hechos de la Inqui-

sición, ahora está animada del espíritu de tolerancia, amor y libertad, y que aun en países donde domina ya no hay intolerancia ni persecución.

Después de haber durado la vista de la causa cuatro días, los jurados católicos, en un tribunal católico y en una de las ciudades más católicas de Europa, absolvieron libremente á Dr. Richter, y fallaron que había probado conclusivamente la verdad de su crítica.

*Roma intolerante.*—En la Isla de Malta, que está bajo el Gobierno inglés, ha habido estos días pasados un conflicto entre el arzobispo católico y el gobernador de la isla. Aquel reclamaba de éste que suspendiera una serie de reuniones evangélicas que se celebraban en un teatro alquilado para la ocasión. El predicador era el bien conocido evangelista Mr. Juan MacNeill. El arzobispo en su reclamación se mostró de una manera insultante, y quería nada menos que el gobernador pasase por su Canosa, á lo cual, en su honra sea dicho, no se sometió; aunque por la tranquilidad de la isla las reuniones fueron suspendidas. Ha habido interpelación sobre este asunto en el parlamento inglés.

Nos alegramos que se ponga de manifiesto la intolerancia de Roma en Inglaterra donde es tan poco conocida.

*Un libro costoso.*—El libro de más valor que existe en la Biblioteca del palacio de Estocolmo, es una Biblia que mide tres pies de largo por uno y medio de ancho. Las cubiertas están formadas por tres tablas de madera de tres pulgadas de espesor. Las 160 hojas de que consta son de pergamino de piel de asno.

## EL EVANGELISTA

Revista Evangélica, ilustrada, mensual

Precios de suscripción

(Pago anticipado)

ESPAÑA Y PORTUGAL

Por un año, 1 ejemplar. . . . . 0'75 pts.

Por un año, 25 id. . . . . 15'00 »

Por cada seis suscripciones á una misma dirección, se remitirá una gratis.

EXTRANJERO

Por un año, 1 ejemplar. . . . . 1'50 pts.

Por un año, 2 id. . . . . 2'25 »

Redacción y Administración, Provenza, 275, 1.º Graeia —Barcelona.